

ALOMA

MERCÈ RODOREDA

# ALOMA

Traducción de Sergio Fernández Martínez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Aloma*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición: abril de 2023

 **institut  
ramon llull**

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull

© de la traducción: Sergio Fernández Martínez, 2023

© Institut d'Estudis Catalans, 2023

Cedido por Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: ISBN: 978-84-350-1162-4

Impreso en Liberdúplex

Dep.Leg.: B 1320-2023

Impreso en España

A mis padres

# I

«Y bien, todo se me aparece de la forma  
más grosera, más repugnante»,  
TOLSTÓI, *Anna Karénina*

—¡El amor me da asco!

Había estado pensando toda la tarde en aquel pobre gato y, sin querer, cerró la verja de golpe. Arriba del todo, entre redondeles y espirales de hierro medio despintado, medio ladeada y cubierta de herrumbre, se veía una fecha: 1886. Habían comprado la verja hacía unos cuantos años, a precio de chatarra, en el derribo de una finca expropiada para el ensanche. La casa enseguida pareció más señorial. Y el jardín. Antes tenía una puertecita de madera y, si el que entraba era demasiado alto, tenía que agacharse un poco.

La verja, más ancha, dejaba pasar más aire y parecía que los árboles lo notasen. El naranjo, con las naranjas agrias como hiel, tenía las hojas más verdes. Los rosales daban más rosas. Era una pena que por aquella calle no pasase nunca nadie. Acababa dos jardines más allá, con una pared alta; el viento apenas movía las hierbas que nacían junto a las piedras y había una gran quietud, como si cada día fuese domingo.

Se llamaba Aloma porque un tío de su madre así lo había querido. Era un hombre extraño al que todo el mundo respetaba y que había envejecido de repente, encerrado en casa, con

una manta sobre las rodillas. Leía a Llull después de cenar. Bien arrellanado en su butaca, mientras sus amigos, que iban a verlo dos tardes cada semana, jugaban al ajedrez. Él no jugaba nunca. Leía:

Todas las condiciones que Evast deseaba en su mujer estaban en Aloma, y aquellos que buscaban mujer para Evast según su voluntad certificaron las buenas costumbres de Aloma.\*

Al salir de la iglesia, una vez terminada la ceremonia, dijo:

—He dejado que los padrinos hiciesen lo que quisiesen, y la niña se llama Àngela, Rosa y Maria; yo siempre la llamaré Aloma. Es un nombre bonito y lo primero que necesita una muchacha es un nombre bonito. Si queréis contentarme, llamadla por este nombre.

A la madre le gustó y a la hora del aperitivo acalló el alboroto:

—No gritéis tanto, que Aloma está durmiendo.

★ ★ ★

El ruido de la verja la sobresaltó. Había salido a escondidas del niño y tuvo miedo de que la hubiese oído. Pero la casa estaba quieta y, después de escuchar un rato, se fue calle abajo.

Era una buena hora para respirar. En un jardín hacían fuego y se oía el crepitar de las ramitas. En lo alto de una pared muy vieja había un manto de musgo, y en mitad de la calle, en un hoyo lleno de agua, se veía un trozo de cielo con una nube blanca. Más allá, junto a la casa nueva, las ramas del sauce apenas se movían. Era una tarde de principios de primavera con golondrinas chillando por el cielo. El aire arrastraba un poco de humo, y

\* Ramon Llull, *Libro de Evast y Blanquerna*, libro I, cap. I. (N. de la A.)

Aloma estuvo a punto de detenerse: «Es el olor que más le gustaba a mi hermano». Se había matado a los dieciocho años; se llamaba Daniel. Había dejado un papel escrito para ella: «Todo es triste y no tengo ganas de vivir más, Aloma. Un abrazo bien fuerte». Las letras eran grandes y anchas, de persona orgullosa. A ella, después de tanto tiempo, le quedaba todavía un poco de angustia. Lo veía tendido, blanco como la cera, y pensaba que no le hablaría nunca más, con aquella voz llena de ternura, de las cosas que le gustaba hacer. Un día, Joan, su hermano mayor, quemó los libros y los escritos que Daniel había dejado. Lo había hecho todo trizas; fuera llovía, y el viento, de vez en cuando, lanzaba la lluvia contra los cristales. Los papeles se convirtieron en ceniza, y Aloma lloró toda la noche. Joan decía que Daniel se había matado porque los libros lo habían hecho volverse loco. La vida era una cosa horrible. Acurrucada entre las sábanas pensaba a menudo en su hermano muerto. Cuando la casa descansaba. Pero los recuerdos se iban diluyendo: primero el color de los ojos y su manera de sonreír, después el tono de la voz. Y cuanto más lo perdía más notaba el vacío que había dejado a su lado. Echaba de menos a aquel chico lleno de vida que escondía el desánimo como si fuese un defecto feo y que, como ella, pasaba de un extremo al otro: de la alegría más enloquecida a la tristeza más negra. Ahora tendría veintitrés años y respirarían juntos aquel olor de hojas quemadas y de primavera a punto de estallar. Y todo sería diferente.

Se acordó del telegrama que habían recibido a media mañana. Era de su concuñado, el hermano de Anna, que vivía en América. Decía que iría a pasar una temporada con ellos. Al principio se puso muy contenta. Quizás animaría un poco la casa. Y en toda la tarde no había vuelto a pensar en ello.

★ ★ ★

En una ventana había un gato negro sentado. El otro era blanco. La primera vez que lo había visto, aquel día que con el mango del rastrillo quitaba las hojas amarillas de una rama, ya tenía un blanco sucio de animal abandonado. Había saltado de la pared y cuando ella se giró para mirarlo reculó asustado. Pero se acostumbró a ir al jardín. Estaba quieto en un rincón, tumbado sobre un montón de hojas secas, y a la más leve pisada abría los ojos, unos ojos verdes, con las niñas oscuras, partidas por una raya negra. Pronto tuvo la barriga muy gorda. Caminaba despacio y daba unos maullidos que apenas se oían. A veces se quedaba parado como si no supiese a dónde ir, con una de las patas delanteras encogida.

—No quiero gatos en casa; traen enfermedades —dijo Anna cuando vio que Aloma se enternecía.

Advirtieron al niño de que no lo tocara. No le dejaban llevar ni un poco de comida ni una migaja de pan al jardín. Pero el niño miraba al gato desde la ventana y se derretía. «Lo quiero —decía a veces—, porque tiene la cara triste».

A pesar de aquella guerra sorda, el gato seguía yendo al jardín. Si veía a alguien, huía; cuando el jardín estaba desierto, volvía a su rincón, junto a las flores de señorita. Tuvo los gatitos y nadie supo dónde los había escondido. Iba cada día a una hora o a otra un poco más sucio y un poco más flaco.

—Debe de dormir en una carbonera.

Pasó más de un año. El gato siempre ponía aquel gesto de resignación y tenía una camada tras otra. Una mañana encontraron gatitos detrás de una tabla, al lado del gallinero.

—Intenta que el niño no se dé cuenta. Pueden estar enfermos.

La cola se le pelaba. Le salieron costras en las orejas. Pero los gatitos lo esperaban impacientes y se amorraban a las ubres pequeñas y exprimidas.

Estuvieron una temporada sin verlo y pensaron que alguien lo había recogido. Hasta que un día se dieron cuenta de que estaba medio adormilado en lo alto de la pared del final del jardín.

Aloma se subió al banco y se acercó. Le vio los ojos estriados de sangre. El gato dio un maullido muy débil y bajó, como pudo, por la hiedra. Tenía una pata rota. Cuando Aloma se agachó para mirarle la herida, reculó de repente y bufó rabioso.

—¿Todavía no se ha muerto? —decía Joan cada mañana al abrir las contraventanas.

Casi no se movía del jardín. Volvía a engordar. Estaba cubierto de pupas y dejaba un cojín de pelo allí donde se echaba.

El otro saltó al jardín una tarde de frío y de viento. Era blanco y negro, soberbio, de cuello ancho y piel lustrosa. Se acercó a la gata despacio y Aloma, que los miraba desde la ventana, vio que la gata iba apartándose. Intentó encaramarse al naranjo, pero estaba acabada y se puso a vomitar con grandes convulsiones. El gato no la dejaba. Era una persecución tenaz, y los maullidos se mezclaban con el viento que ululaba. Pronto fue noche oscura y Aloma cerró la ventana. Estaba mareada.

Al día siguiente encontraron a la gata tendida en la calle, yerta. El sereno la había matado de un garrotazo entre las orejas mientras estaba pariendo.

★ ★ ★

Cuando llegó al primer cruce se puso a caminar con más calma. Por el lado de poniente había una nube que tenía los bordes de color de naranja. Parecía una ballena dormida y la cola se le iba deshaciendo poco a poco. Aloma tropezó y se dio cuenta de que junto a la acera crecía una mata verde como la piedra de un anillo que había visto hacía pocos días en un escaparate. Se había quedado deslumbrada. «Si alguien me lo hubiese regalado quizá ya lo tendría en el cajón de los cachivaches; no sé por qué, pero todo me cansa».

Iba calle abajo respirando el aire perfumado de tierra húmeda de los pequeños jardines de San Gervasio. Eran casi las seis,

y si quería encontrar algo abierto tenía que apresurarse. Le hacía mucha ilusión comprar las cortinas, pero siempre le había dado vergüenza entrar en una tienda donde no la conociesen. ¿Por qué no había ido Anna a comprarlas? Anna no quería salir nunca; todo la amohinaba y la mareaba. Era muy pesada y había días que no podía aguantarla. ¿Qué le había visto su hermano?

Llegó al apeadero y pasó de largo. Cogería el tren en Gracia para poder respirar más rato aquel aire tan bueno de la tarde.

En la plaza había caballitos y dos barracas de tiro al blanco; en el centro vendían muñecos. Tres o cuatro niños con mocos en la nariz miraban a los caballos y los cerditos que iban dando vueltas. Detrás de una barca había dos elefantes con las uñas pintadas de oro. Los caballos, atravesados por una barra de latón, subían y bajaban, y la música sonaba sin parar.

No podía entretenerse más. Bajó las escaleras y compró el billete. Como siempre, se sentó en un banco y se puso a contar las columnas. Había... De pronto, se dio cuenta de que se había equivocado de andén y que en vez de ir a Plaza de Cataluña habría ido a parar a Las Planas. Ya le había pasado otras veces: era demasiado distraída y no se fijaba nunca en nada. Volvió a subir y bajó por la otra escalera justo en el momento en que su tren frenaba. Eligió un asiento en un lado donde no había nadie. Los anuncios empezaban a pasar uno tras otro: Cacao Boldor, Perfums Magenta, Lady X... Se los sabía de memoria: primero el más pequeño, con una taza blanca humeante, el de las gardenias, el de la sirena... De vez en cuando pasaba una luz roja. Veía su mano reflejada en el cristal de la ventanilla con el billete entre los dedos. En Provenza no se subió ni se bajó nadie. Las puertas se cerraron con un bufido y el balanceo del tren la adormeció. Le parecía que no iba a pararse nunca. Le habría gustado cruzar una tierra yerma y oscura, con un río en medio y un poco de luna en el cielo, sin saber lo que se encontraría al final. De repente, el tren tomó una curva y se paró.

Subió la escalera a pie. La escalera automática no le gustaba; tenía miedo de que los tacones se le quedasen enganchados cuando los peldaños se aplanaban. Un chico le echó un piropo en español. «Si un día me caso será con alguien que hable como yo; pero con este diente montado un poco encima del otro y con estas manos tan pequeñas no me va a querer nadie». En el quiosco de prensa había revistas descoloridas que debían de llevar colgadas mucho tiempo. En medio del pasaje caía agua del techo, y en el suelo había serrín esparcido.

Echó a andar Rambla abajo. Los puestos estaban colmados de flores. En el primero había cubos con claveles rojos, ramos de retama blanca, las últimas violetas. Y muchas rosas; más bonitas que las de su jardín. Se acercaba el día de san Jorge. Le dio pena no poder comprarlas. Tenían que ahorrar mucho y nunca podrían llegar a tener las cosas que más falta les hacían. Vio a una señora con el pelo blanco y la cara ajada dentro de un coche muy largo. ¿Por qué todo aquel lujo no podía ser para una muchacha? Le dio apuro lo que acababa de pensar. Al fin y al cabo, estaba bien que los viejos tuviesen comodidades. Y, además, ir siempre en coche debía de ser poco divertido. Los pobres debían de mirarte con envidia. No todos, claro, porque había algunos que pensaban que el mundo no tenía remedio. Como aquel albañil que les había tapado las goteras en invierno: cuatro niños, cuatro años trabajando poco, la mujer muerta. Había tenido que llevar tres al hospicio. Y poner a una chiquilla de trece años a servir. Lo contaba sin quejarse, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Le pareció que la seguían. «Con lo mal vestida que voy y encima llevo un tacón torcido...». Le gustaba que la siguiesen y que le dijesen cosas por la calle. Se lo contaría a Anna. «Me ha seguido un joven muy elegante...». Miró por el rabillo del ojo y vio a un hombre de unos cincuenta años, con bigote, y con la piel de color de oliva. Llevaba un sombrero de ala ancha

y un pañuelo de seda en el cuello. Se puso a caminar deprisa. En Portaferriosa entró a la tienda y lo dejó plantado.

Tardó en decidirse porque todas las telas le gustaban. Al final se quedó una muy transparente, con rayas blancas y azules. Del dinero que había llevado le sobraban cuatro pesetas. «Me compraré un libro –pensó–, una novela de aventuras, sin enamorados». Tendría que esconderlo al entrar en casa. Le diría a Anna: «¿Sabes qué? Han costado lo que habíamos dicho; ni un céntimo más ni un céntimo menos». Se guardaría el libro dentro del abrigo, bajo el brazo, y solo tendría que procurar que no se le cayese al suelo. Después lo escondería encima del armario.

Caminaba contenta porque se había dado cuenta de que los árboles ya tenían brotes nuevos. Cuando llegó a Plaza de Cataluña vio que todo el mundo se giraba. La Rambla se había animado mucho, se oía un gran griterío, y al fondo, por encima de la gente, se veían unas cuantas banderas. Un chico que pasaba iba diciendo a todo el mundo que en la calle de la Canuda había guardias civiles a caballo. Una oleada de gente la rodeó y durante un rato no vio nada. De repente, apareció al lado de una señora despeinada que lloraba porque le habían arrancado una manga. Iba a decirle algo para consolarla, pero le dieron un empujón y se cayó de rodillas al suelo. Cuando consiguió levantarse, la señora ya se había perdido de vista y casi todo el mundo había huido. Se oyeron unos cuantos disparos.

Sin saber cómo, apareció en el subterráneo de delante del quiosco de prensa. Sentado en el suelo, de espaldas a la pared, había un hombre con la mejilla llena de sangre. Un señor y una señora lo ayudaron a levantarse y le preguntaron que si quería que lo acompañasen a una farmacia. La señora le dio un pañuelo.

–¿Qué ha pasado?

Los que iban bajando de los trenes no se atrevían a salir fuera.

–Nada; una manifestación.

Pasado el susto, Aloma se acercó al quiosco y se puso a elegir el libro. Había muchos, pero los títulos no le gustaban. Los que tenían las cubiertas demasiado llamativas le daban apuro. Cogió uno de color naranja.

—¿Cuánto vale este?

—Mire por detrás, al lado. Cinco pesetas.

—¿Y este?

Enseguida vio que no llegaba a cuatro pesetas. *Una forma de amor*.<sup>\*</sup> Tendría que esconderlo bien. «No me va a gustar, pero no puedo estar una hora eligiendo». Le daba vergüenza hojearlo. Al final pensó: «No llevo escrito en la cara que soy soltera; podría estar casada y, si lo estuviese, podría leer los libros que quisiese». Hacía mucho tiempo que tenía ganas de comprar un libro que no se pareciese a los que su hermano le hacía leer.

—Me quedo este. —Dejó las cuatro pesetas sobre el mostrador—. Con lo que sobra deme cuentos para un niño.

La vendedora pensaría que tenía un niño y no le extrañaría que comprase aquel libro.

La gente que se había metido en el subterráneo empezaba a perder el miedo y a salir. Aloma bajó al andén y subió al tren.

Pensaba en todo lo que le había pasado. Acercó la cara al cristal de la ventanilla y se miró. Las manos le temblaban un poco. Era la primera vez que hacía algo a escondidas y le dolía pensar que no podría leer el libro en el jardín, sentada en el banco, bajo las ramas de la morera. ¿De qué les servía la morera ahora que no tenían gusanos? Cuando las moras estaban negras se caían al suelo y lo pringaban todo. Sería mejor tener un árbol que diese fruta de verdad. Un cerezo, cargado de cerezas, para poder escupir las pepitas en el surtidor, a la ninfa erguida en medio del agua. Los gusanos de seda eran blandos y descoloridos, como Anna; no entendía que su hermano se hubiese podido enamorar de

\* Novela de Cèsar August Jordana, publicada en 1931. (*N. del T.*).

ella. Cuando los tocaba se encogían y de solo pensarlo le entraba una especie de mareo. Había muchas cosas que le repugnaban. Pero, al fin y al cabo, debía de ser como a todo el mundo. Un día Coral le había dicho que los críos en pañales le daban asco porque eran un fardo de suciedad. Un fardo... El corazón le dio un vuelco. ¿Dónde estaba el paquete de las cortinas? Tenía el libro y el portamonedas en el regazo, y en el asiento de al lado no había nada. Pensó en todo lo que había hecho desde que había salido de la tienda. No las había perdido por la calle porque recordaba que mientras corría llevaba el paquete sujeto contra el pecho... Y de repente fue como si lo viese sobre la pila de los periódicos. Lo había dejado allí para poder elegir el libro. Si quería encontrarlo, no tenía más remedio que volver atrás.

Se bajó en la estación de Gracia. Antes de ir a la taquilla miró si tenía suficiente dinero para comprarse el billete. Lo justo. Pero no tendría para volver. «Qué tonta soy..., si no hubiese comprado el libro, ahora no estaría sufriendo». Ya eran las ocho menos cuarto. Se habría echado a llorar de la rabia. Pidió el billete, volvió al andén y cogió el primer tren que paró. Si se hubiese atrevido, habría hecho trizas el libro delante de todo el mundo. Dos asientos más adelante había una señora que llevaba un gran sombrero con una fantasía de brillantes prendida en el ala. Debía de notar que la miraban porque giró la cabeza y se quedó un poco de perfil. El tren corría y los vagones se iban balanceando. Vuelta otra vez. Dio el billete. Habría sido mejor que aquella tarde no se hubiese movido de casa. Ahora estaría sentada en el jardín mirando las estrellas. «Si es que hay». Cuando paró de correr entre la gente que gritaba había visto que el cielo estaba muy nublado. Se acercó al quiosco.

—¿Ha visto un paquete?

La mujer que le había vendido el libro la miró un rato y le preguntó al hombre que despachaba al otro extremo:

—¿Has visto un paquete?

El hombre dijo que no y la mujer siguió doblando periódicos. De repente miró a Aloma y le dijo que no recordaba haberla visto. La miraba con un ojo medio cerrado, desconfiada, plantada detrás del mostrador como si fuese una estaca. A Aloma le entraron ganas de tirar los periódicos al suelo. La mujer le preguntó cómo era el paquete, porque tenía tres, parecía mentira que hubiese tanta gente distraída. Aloma le explicó que era un paquete rojo, no muy grande.

—¿Es este?

Aloma dijo que sí y sin darle las gracias subió la escalera deprisa.

Fuera la gente iba y venía como si no hubiese pasado nada. Se habían encendido los anuncios luminosos y las nubes, por encima, parecían más negras. El cielo estaba bajo y costaba respirar. Enfiló la calle Pelayo por el lado triste. Plaza de la Universidad, Muntaner... Antes de llegar a la Diagonal, empezaron a caer gotas; unas gotas espaciadas que hacían grandes redondeles en el suelo. Pronto la lluvia se hizo más espesa. Aloma apretó el paso. Estaba muy nerviosa, pero pensó que más bien tendría que estar contenta. «Al fin y al cabo no he perdido nada». En cuanto llegase a casa se cambiaría de ropa. Se metería en la cama temprano. El niño la llamaría mentirosa, porque por la tarde, cuando ya estaba a punto de salir, le había prometido que no se movería de casa. Solo faltaba que lo hubiese llevado. Suerte que iba sola. Tenía la espalda y los brazos empapados y los zapatos llenos de agua. Pero la lluvia era bonita y no hacía ningún daño. Si fuesen bastonazos...

La calle estaba desierta. De vez en cuando pasaba un tranvía haciendo sonar la campanilla. Un coche la salpicó de arriba abajo.

Apenas se dio cuenta. Hacía un momento que tras el rumor de la lluvia oía una música que iba aumentando a medida que caminaba. Salía de una ventana baja entreabierta. Por la rendija vio una gran araña de cristal. Se paró, pegada a la pared, mal pro-

tegida de la lluvia por un balcón. No sabía qué era aquella música, pero se quedó a escucharla porque poco a poco le iba trayendo recuerdos de cuando era pequeña. Con Daniel, su hermano muerto, a veces iba al Turó Park. Había una jaula, grande como una casa, llena de pájaros de todo tipo. Y pavos reales que desplegaban la cola de vez en cuando. En una plazoleta había títeres, y algunas tardes no se les entendía por culpa de los chillidos de las chicas que se habían subido a las montañas rusas. Había un templete para los músicos. Eran de la Cruz Roja y llevaban un traje de rayas blancas y rojas. Tocaban aquella música que salía del salón de la araña por la ventana mal cerrada. Ella y su hermano se sentaban en un peldaño de la escalera de mármol, arrinconados hacia el lado de los bambúes, y la escuchaban mirando el cielo azul. ¡Qué barullo de gente...! Estaba el hombre que se elevaba por los aires en aquel globo tan bonito y que tanto costaba inflar. Cuando le cortaban las cuerdas, ascendía y se oían grandes aplausos; el hombre, desde el cesto, saludaba. Las mañanas de invierno, agarrados de la mano, caminaban dándole patadas a las hojas de los plátanos que cubrían los senderos. A menudo el viento empujaba unas cuantas y las dejaba posadas sobre el césped después de haberlas hecho rodar sobre sus cinco puntas. A veces jugaban a decir deprisa el nombre de una barraca en la que había una mujer gorda, vestida de gitana, que le contaba a la gente todo lo que le iba a pasar: Zasmarrakatruki. Seis veces seguidas, sin trabarse. Él lo hacía mejor. Ella se enredaba. «Da igual, vas a ser una chica estupenda». Antes de irse se paraban un rato delante del tobogán acuático.

Antes de que la música se acabase, Aloma echó a andar otra vez calle arriba. Estaba cansada. Torció a la derecha, pasó por delante de unas cuantas casas con las puertas cerradas, llegaron los jardines, y se metió en su calle. Se sentía llena de ternura, como si las cosas hubiesen cambiado. Vio su casa mal iluminada por la luz un poco verde del farol. Alguien, a veces, les robaba la bom-

billa de encima de la verja. Con el abrigo había podido salvar el libro de la lluvia. El paquete, no. Pero daba igual: al fin y al cabo tendrían que lavar la tela antes de hacer los dobladillos para que no se encogiese y las cortinas no quedasen cortas al primer lavado. Le hacía ilusión pensar que cuando abriese las contraventanas la claridad entraría a través de la tela fina. Las quería fruncidas de arriba abajo; ya hacía un mes que había comprado las varillas.

Desde fuera levantó el pestillo de la verja pasando la mano por entre los hierros. Los goznes chirriaron. Tendría que untarlos con aceite.

Joan la estaba esperando de pie junto a los cuatro escalones de la entrada.

—¿Dónde vas a estas horas?

De una carrerilla cruzó el trecho de jardín entre la verja y la casa.

—Si supieses el disgusto que nos has hecho pasar... Dicen que en la Rambla ha habido jaleo.

—Ya os lo contaré. Deja que vaya a cambiarme de ropa.

Joan cerró la puerta vidriera y siguió a Aloma hasta el comedor. Dani, sentado a la mesa, comía un plato de sopa.

—Me has engañado, fea.

Anna salió de la cocina secándose las manos con el delantal.

—Qué cabeza tienes... Para un día que sales y nos haces sufrir.

Aloma le dio el paquete de las cortinas. Cuando se giró para irse, su hermano le pasó la mano por la espalda.

—No entiendo cómo has podido mojarte tanto desde el tren hasta aquí.

—¿No lo entiendes? Sal un poco y lo entenderás.

Hizo un esfuerzo por dominar la violencia que empezaba a alterarle la voz. Tenía ganas de estar sola para poder esconder el libro.

–Me han pasado muchas cosas, ya os las contaré.

–¿Qué te ha pasado?

–Vuelvo enseguida.

Justo en el momento de cruzar la puerta del comedor, la voz de Anna la detuvo.

–Escucha: Joan y yo hemos pensado que podríamos colgar las cortinas en el dormitorio de mi hermano.

## II

«¿No os parece? Es tan bonita que entran  
ganas de clavarle los dientes»,  
MARCEL PROUST, *Un amor de Swann*

El reloj del comedor, que siempre iba adelantado, dio las ocho. Las botellas de la leche ya debían de estar encima de la mesa. Una gallina se puso a cacarear como si se hubiese vuelto loca. Era la gallina negra, que acababa de poner un huevo.

Aloma se estiró entre las sábanas tibias. Oyó golpes en la pared. El niño la avisaba, como cada día, para que fuese a vestirlo. A veces, si no hacía frío, en vez de llamar entraba corriendo y se metía en la cama con ella. Era dócil como un cachorrito. Se oyeron más golpes y Aloma gritó:

—¡A la bodega, con el almirante y todo! ¡Barco pirata a la vista!

Los golpes pararon; la morera rozaba los cristales de la ventana. ¡Qué libro! Hacía estremecerse. Lo había cerrado hacia la mitad, alterada, pero lo había vuelto a abrir. Tenía dolor de cabeza y no sabía si era por culpa del libro o porque se había mojado tanto. O por culpa de haber dormido poco y mal. Había puesto una camisa arrebujada al pie de la puerta para que la luz no saliese por la rendija. Si hubiesen pasado su hermano o su cuñada y hubiesen visto que tenía la lámpara encendida a altas horas de la noche, ¿qué excusa habría podido poner?

Saltó de la cama y se acercó a la ventana. Hacía sol y las hojas de los árboles brillaban. El chaparrón de la tarde había lavado todas las plantas, los tejados de las casas de la ladera, las coles de los huertos de más allá. Solo la casa abandonada, salpicada de manchas de humedad, parecía más triste. Durante dos o tres años allí había vivido una familia muy extraña. El padre trabajaba en la compañía eléctrica; era uno de esos hombres que se suben a los postes con unos ganchos en los pies. Le debían de pagar mal, porque pasaban grandes penurias. Anna siempre decía que le daban miedo. Todos iban harapientos: la mujer, el hombre, la hija y el hijo. La hija tenía la cabeza como un estropajo, las piernas torcidas, los dientes amarillos y carcomidos. La madre no debía de peinarse nunca y se ataba el pelo grisáceo con una cuerda. «Si no pueden comprarse un peine —decía la señora Baixeres—, que se peinen con los dedos». Nadie en el vecindario los quería. Al atardecer, la madre y los hijos salían a recoger leña. Volvían cargados con ramas y hierba seca, y la chica llevaba un capazo lleno de papeles sucios. Caminaban despacio, sin abrir la boca. Hacía tres meses que habían desaparecido. La chica se había casado. Tenía catorce años; su marido, dieciocho, y todavía más pobre que ellos. El viejo que les había alquilado la casa les tenía arrendado un trozo de campo; cuando le dijeron que se iban respiró. Al menos se encontraría la verdura que plantaba. El pequeño, decía, era un ladronzuelo. Pero debían de pasar tanta hambre...

Aloma se puso de puntillas y se estiró. Oyó que Joan caminaba por el pasillo y, después, le pareció que hablaba con el niño. Anna debía de estar preparando los desayunos. Pronto llegaría su hermano. Se llamaba Robert.

—Quizá tiene ganas de casarse y ha pensado en ti —le había dicho Joan, riéndose. Ella se había girado, indignada.

—No pienso casarme.

Antes de apagar la lámpara había escondido el libro encima del armario. No lo encontraría nadie. Anna no hacía limpieza a

fondo, y menos en su habitación. Había soñado con el gato. Resucitaba y le decía: «No te dejes engañar; no te cases». Llevaba gafas, y zapatos en las patas de atrás. Tenía cara de listo. El pelo le brillaba, limpio de aquella roña que le había hecho sufrir tanto cuando estaba vivo. De un salto se encaramó a lo alto del armario, había cogido el libro con los dientes, lo había tirado al suelo, y había dicho: «Lee, lee...».

Fue al baño. Joan lo había mandado hacer tiempo atrás con el dinero de una paga de Navidad. Los grifos goteaban siempre. La bañera estaba desconchada. La llenó hasta la mitad; primero bañaría al niño, después aprovecharía el agua para ella. El calentador se estropeaba a menudo y hacía ruido de caldera vieja. De repente las llamitas bajaron. Aloma fue hasta la escalera y gritó:

—¡Anna, apaga el fogón, que no puedo calentar el agua; el gas no sube!

Cuando el fogón de la cocina estaba encendido, el gas no tenía suficiente fuerza para llegar arriba. Volvió al baño y las llamas estaban altas. Con una toalla en el brazo fue a buscar al niño.

—Tenemos que pensar, capitán. La goleta peligrá, la latitud no está bien, la rosa de los vientos da vueltas. Se acerca el naufragio.

—¿Qué dices? —preguntó el niño abriendo los ojos como platos.

—Que ya es hora de abandonar el lugar de honor. Tenemos la bandera desgarrada y la gente reclusa. Por la vida y por la gloria. ¡Por la limpieza de la piel!

Cogió al niño de una brazada, le dio un beso en cada mejilla y se lo llevó.

—Hala, que hace buen día.

—¿Qué es la rosa de los vientos?

—Una rosa muy aireada.

—¿Y una galleta?

—Goleta, burro.

—¿Qué es una goleta?

—Una barca con mucha valentía.

—¿Por qué van en barca los piratas?

—Para poder tirarse al agua. ¡De cabeza!

—¡No me quemes!

El agua estaba buena, dulce al tacto.

—Pon los pies en el suelo, sin miedo. Y ahora frótate. Con la esponja bien enjabonada. Espabila.

Se fue a abrir las contraventanas y a deshacer las camas. Cuando vistió al niño empezó a preocuparse por ella misma. Después de bañarse, el agua de la ducha, más fría, le pinchó la espalda y el pecho como una lluvia de agujas. Era un abril un poco inseguro. El invierno había sido triste. Encerrados siempre en casa, sin nada para distraerse, sin que nunca pasase nada. Las tardes en el comedor, cosiendo menudencias. El niño todavía no podía ir al colegio porque el dinero no alcanzaba. ¿De qué les servía que la casa fuese de ellos? Quizás habría sido mejor venderla y alquilar un piso pequeño. Seguro que les habría sobrado dinero para poder comprar todo lo que les hacía falta. Hasta entonces solo habían estado pagando: derechos reales, plusvalía, padrón, impuesto de mejoras... Pero era su casa, y estaba segura de que no podría vivir en otra. Allí había nacido y había crecido; había pasado toda la vida entre aquellas paredes. Volvió a abrir la ducha. Y hasta dentro de ocho días, que aquello de bañarse por completo no se podía hacer a menudo. Su hermano ganaba poco; nunca había tenido iniciativa. Se conformaba y, a su manera, era feliz. No había querido que ella trabajase, con lo que le habría gustado... Se había ilusionado con que el con cuñado de América se enamoraría de ella... ¿Por qué no decía claro que les molestaba? Debía de pensar: «Si Aloma se casase, sería una boca menos; podríamos respirar un poco».

—La leche ya está fría —gritó Anna.

—Ya voy.

Cogió la combinación. Estaba toda remendada y tenía los tirantes desgastados.

★ ★ ★

Después de comer despejó la mesa y empezaron a coser las cortinas. Habían lavado la tela por la noche, y Anna la había planchado a media mañana. Aloma marcaba los dobladillos con alfileres para poder hilvanarlos. Trabajaba por inercia, casi sin mirar.

—¿Quieres decir que no me las puedo quedar yo? A tu hermano le van a dar igual...

—Te las quedas cuando se vaya. El dormitorio está muy deslucido y tendríamos que mandar que lo pintasen. Pero más vale no pensarlo. Al menos que tenga cortinillas nuevas.

Trabajaron un rato sin hablar. Al final, Aloma puso la labor sobre la mesa y dijo:

—Déjame la llave del cajón de las fotografías.

Anna sacó del bolsillo tres o cuatro llaves atadas con un cordel y se las dio. Aloma se levantó. Por la ventana vio que el niño estaba jugando a hacer barro junto al gallinero, bajo la parra retorcida. Había hecho un horno con tres azulejos y preparaba panes de barra y curruscos. Le entraron ganas de ir, pero pensó que Anna se enfadaría. Cuando llegó arriba sacó un fajo de fotografías del cajón de la cajonera, se sentó y se las puso en el regazo. Había muchas que no sabía ni de quién eran. El niño, en pañales. La cara no le había cambiado nada; quizá no tenía los mofletes tan regordetes. Llevaba una camisola muy corta y un lacito en cada hombro. Su hermano mayor, cuando tenía diez años, con la cara bonita. Una de ella, de pie, con un ramo de flores en la mano. «Estate quieta, niña, que ahora sale un pajarito...». Todavía se acordaba. Llevaba una falda almidonada. Un abuelo con boina y bigote. Los padres, de novios, que parecía que aún les

temblasen los labios. Dos o tres señores que no conocía. ¿Por qué las guardaban? El hermano de Anna. Debía de ser bastante alto. Pelo ondeado, la mirada fija. Nunca se había fijado en aquel retrato. Lo tomó y se lo llevó al comedor.

—Es tu hermano, ¿verdad?

Anna levantó la cabeza.

—Cualquiera diría que es la primera vez que lo ves.

Aloma lo volvió a mirar por encima del hombro de su cuñada.

—No os parecéis nada. Tú tienes la cara más bien fofa. ¿Por qué se fue?

—¿Por qué crees que se fue? Los hombres hacen lo que les parece.

Casi nunca pensaba en aquel concuñado lejano; como si no existiese. Para ella solo existían las cosas que tenía cerca o las que podía imaginar del todo. Pero pronto estaría con ellos. Miró si había suficiente hilo en la aguja y se puso a coser. Con su concuñado en casa tendrían más tarea: más ropa para lavar, más platos. Se lo encontraría en todas partes.

Anna cosía con la espalda encorvada. Siempre estaba un poco triste y solo se avivaba cuando Dani estaba enfermo. Entonces hacía las cosas sin quejarse, iba de un lado a otro, decía lo que se tenía que hacer, pero le duraba poco. Parecía que le hubiesen quemado las ilusiones.

Cuando acabó de coser, Aloma fue arriba y puso el retrato en su sitio, bajo la pila. Del lado del puerto se oía una sirena. Siempre igual. Pronto sería la hora de empezar a hacer la cena. La tarde se acababa y el cielo se iba volviendo de color de jacinto. Vendría la noche. Y la mañana, y otra tarde. Y la lluvia y el sol, el verano, el otoño y el invierno... Todo iría repitiéndose hasta el día que se muriese, como su hermano, como todo el mundo. No tenía ganas de ir abajo.

—Solo quieres hacer lo que te apetece —le había dicho Joan una vez—. Se hace lo que hay que hacer; con ganas o sin ellas.

Miró el jardín y no vio al niño; debía de estar sentado en el banco del fondo. El viejo Cabanes levantaba el pestillo de la verja. ¿Qué le habría pasado para que, en vez de ir a mediodía, fuese por la tarde? Le daban las sobras para las gallinas. No llamaba nunca porque era como de la casa. Llevaba una gorra con la visera grasienta y no se sacaba la pipa de la boca, una pipa vieja con los bordes requemados que solo limpiaba cuando ya no tiraba. Aloma se decidió a bajar.

Anna acababa de darle la noticia al viejo.

—Vendrá cargado de dinero. Es decir, si no hace como yo.

Empezó a hablar de Perú y de los años que había pasado allí. Cuando vio que no lo escuchaban, preguntó:

—¿Cuándo llega?

—El mes que viene.

—¿Casado?

—En edad de merecer —dijo Anna.

El viejo miró a Aloma un rato como si no la hubiese visto nunca.

—Ten, niña, el capazo.

Aloma fue a la cocina y echó las hojas de col y las mondas de patata y de cebolla. Ya había separado lo que le tenía que dar a sus gallinas. El viejo Cabanes no le gustaba nada. Durante doce años había dejado a los hijos y a la mujer abandonados. Decían que había tenido que huir de Barcelona porque había hecho un desfalco. Después había vuelto y vivía en su casa como si fuese un forastero. Se le veía tranquilo, con su averío y su perro, un perro lobo que se pasaba muchas noches ladrando o llorando. Los hijos apenas lo saludaban. No acababa de entenderse. Pero si algún día no iba le echaba de menos; a veces, sobre todo de más jovencita, la había dejado boquiabierta con sus historias de indios o contándole la vida de aquel hombre que siempre se reía porque le habían desgarrado la boca.

Mientras cenaban, Joan dijo riéndose:

—A ver si al final voy a tener cámara de fotos. Quizá tu hermano me regale una.

El niño dejó la cuchara dentro del plato. Los ojos le brillaban.

—¿A que me fotografiarás cuando la tengas?

★ ★ ★

Aloma se encerró en su habitación y se apoyó en el alféizar de la ventana. El cielo todavía no era negro del todo. Había sombras más oscuras en el corazón de los árboles. Brillaba la primera estrella, muy blanca. Las casas apenas se veían, un poco borradas entre la oscuridad, con alguna lucecita amarilla de vez en cuando, y parecía que la noche respirase. Le había entrado un poco de tristeza. Se apretó el pecho con los brazos y recostó la cabeza en el canto de la pared. Se habría quedado así mucho rato si hubiese tenido alguien al lado que le hubiese besado la cara, las manos, el dedo que se había cortado hacía días y que todavía le dolía. Sentía oscuramente la poesía pobre de su casa, de su calle, de aquellas estrellas pequeñas que iban apareciendo. Era una languidez dulce en todo el cuerpo, con el frescor de la pared en la mejilla.